

POR LOS CAMINOS DE EUROPA

PRIMAVERA

POR IGNACIO MARTÍN-BARÓ

Hacia muchos años que yo no vivía la primavera. El trópico desconoce las estaciones y se limita a pasar de lluvias a sequía. Hoy —es un descubrimiento— me encuentro cabalgando una vez más al ritmo del año climatológico.

Primavera. Los alemanes han preparado su recepción. En el parque que se extiende bajo mi ventana, alguien ha trasplantado unas tímidas flores multicolores. Los bancos (bancos de madera, que son los buenos) estrenan pintura. Esta tarde pude ver los botones de unos manzanos ya inquietos por echar las primeras hojas. En la televisión, una flor da un leve matiz de claridad a las palabras de la locutora.

Primavera. ¿Qué secretas relaciones vive el hombre con el tiempo? Los psicólogos nos hablan de un «tempo» personal, en el que un breve segundo puede convertirse en años, y un año en breves segundos. El monje que, absorto en la contemplación de un pájaro, consumió varios siglos, algo podría decirnos de esta atemporalidad anímica. Pero ¿negaremos una profun-

da relación entre el tiempo externo y ese nuestro «tempo»? El día tiene sus matices, desde la limpieza del amanecer hasta la serenidad nocturna, pasando por ese puente de la añoranza que son las primeras horas de la tarde. Lo mismo el año.

Primavera. Leo un fino libro de Marc Oraison sobre la muerte. Sí, sobre la muerte: la primavera es una buena época para ir en busca del tiempo, nuestro tiempo. ¿Y cuándo no? «La inserción del joven en el mundo humano real —dice Oraison— exige que integre su propia duración real, la percepción de sí mismo como envejeciendo.» Sentir el tiempo en sí mismo, sentirse envejecer. Somos hechura de tantas horas vividas, reales en nosotros precisamente porque han muerto. La madurez ¿no es un continuo nacer a uno mismo?

Primavera. Infancia de la Naturaleza, que no teme volver a nacer año tras año. Misterio que redescubro no sin cierta emoción. Y pienso con tristeza que para los niños del Vietnam no habrá parques con primavera.